



LETRAS Y FILOSOFÍA

LA TORTUGA Y LA FILOSOFÍA

Por:

ANDRES HOLGUIN

(Un capítulo de su discutido Libro
último LA TORTUGA, SIMBOLO
DEL FILOSOFO.)

Si la tortuga no existiera, sería un animal mitológico. Un símbolo de la lentitud consciente, de la reflexión. Y de la filosofía.

Indiferente al mundo, la tortuga rumia —meditativa— su propia vida. Prisionera en su concha, el mundo limita con ella misma. Así encerrada, recogidas las patas y la cabeza puntiaguda dentro del caparazón, la tortuga se convierte en el centro de su propio universo. Lo externo pierde entonces toda realidad y consistencia, como para un filósofo idealista. La tortuga representa, así, el máximo esfuerzo de introspección. El hombre, en el instante de la creación artística o de la elación mística, se limita a cerrar los ojos y contemplar su intimidad abismal. El reptil va mucho más lejos. Todo su ser se sustrae al mundo exterior. Se fuga así de lo real. El no yo desaparece. Y el mundo íntimo de la tortuga adquiere un valor de única y suprema realidad. Simboliza así al soñador y al filósofo perfecto. La tortuga fue sin duda, el primer filósofo idealista. Más que Platón, la tortuga fue, con su ejemplo tácito, el maestro de Emanuel Kant.

Una de las fallas de la civilización actual ha sido, sin duda, olvidar a la tortuga, como imagen de la filosofía y como ejemplo de vida silenciosa, lenta y pura. A toda nuestra civilización mecánica podría oponerse el elemental simbolismo del quelonio: la vida frenética frente a la vida reflexiva. Como Diógenes en su barril, la tortuga medita desde su concha. No podríamos imaginar a un filósofo, a un pensador en actitud diferente.

El filósofo chino Chuang-Tsé era contemporáneo de Mencio (siglo IV a. C.). Era idealista y no gustaba de mezclarse en los asuntos del estado. Amaba la metafísica y despreciaba la política: era un sabio. Cuando el rey de Khu le envió un mensaje en que le decía "deseo molestarte con el cuidado de todos mis territorios", el filósofo, que se hala pescando, respondió sin inmutarse a los emisarios: "Oí decir que existe en Khu una concha de tortuga muy espiritual, cuya portadora murió hace tres mil años, y que el rey la guarda en el templo de sus antepasados dentro de un cesto cubierto con un paño. ¿Fue mejor para la tortuga morir y dejar su concha a tales honores? ¿O habría sido preferible para ella vivir y continuar arrastrando su cola por el barro?". Los mensajeros del rey contestaron: "Habría sido preferible para ella vivir y continuar arrastrando su cola por el barro". "Seguid vuestro camino —concluyó Chuang—: yo continuaré arrastrando mi cola por el barro". Lección, sin duda, que los filósofos sensatos debieran recordar siempre, a pesar del ideal platónico de los filósofos gobernantes.

La más estrecha vinculación de la tortuga con la filosofía proviene de la "aporía" famosa de Zenón de Elea. Este filósofo presocrático —tal vez el mas sutil entre los sutiles griegos— formuló, en el siglo V a. C., una serie de ejemplos o aporías para fundamentar y difundir las tesis de su maestro Parménides. Entre estos problemas sobresale por su perfección dialéctica, el de Aquiles y la tortuga. Aquiles —dice Zenón— concede algunos metros de ventaja a la tortuga al iniciarse su carrera. A una misma señal, los dos parten, el héroe relámpago y el pesado quelonio que parece haber descubierto la técnica de la cámara lenta. Cuando Aquiles llega al punto "A" de donde arrancó la tortuga, ésta ha avanzado necesariamente un trecho hasta colocarse modestamente en un punto "B". Cuando el héroe griego llega a este nuevo punto, la tortuga se ha desplazado evidentemente, hasta un punto "C". Y así indefinidamente. Por tanto, Aquiles no podrá alcanzar jamás a su pequeño adversario. (Hace dos mil quinientos años que, por los predios de la filosofía, Aquiles corre detrás de la tor-

tuga, sin darle alcance). De allí, y de sus otras aporías, Zenón concluye que el movimiento no existe. Sólo el ser permanece. El ser es la unidad. Toda pluralidad es ilusión. Los datos de los sentidos, que dan testimonio de movimiento, cambio y pluralidad, son, pues, fantasmagóricos. Sólo existe el ser inmutable, eterno, uno, inteligible por medio de la razón, del "logos" que embriagara a los griegos. Similarmente —dice Zenón— la flecha no llegará jamás al blanco si emplea un instante en pasar de un punto a otro de su recorrido, siendo la extensión divisible hasta el infinito, llegará en forma instantánea si no emplea ni un momento en pasar de un punto a otro de su vuelo. El carro no podrá atravesar el estadio: para llegar al extremo, debe llegar antes a la mitad del estadio; antes, a la cuarta parte; así sucesivamente; y como la extensión es siempre divisible por dos, requerirá un tiempo infinito para atravesar el espacio finito del estadio. La misma conclusión se impone: el movimiento no existe, o, si se prefiere, los sentidos no pueden darnos testimonio válido de la realidad. Es la demostración, mediante estos terribles "juegos serios" de que el devenir es impensable. El ser es y el no ser no es, como decía Parménides en su célebre poema filosófico. Otra conclusión: Heráclito estaba equivocado. No todo es cambio, transformación, eterno devenir. La imagen de la realidad no es la llama. Jamás podrás bañarte dos veces en el mismo río —decía Heráclito— porque la segunda vez no será el mismo río... ni tú serás el mismo. El río en devenir de Heráclito y la tortuga inalcanzable de Zenón de Elea representan, de este modo, dos actitudes y dos sistemas filosóficos antagónicos.

En las refutaciones hechas a Zenón de Elea —desde Aristóteles hasta Bergson— la tortuga, insistentemente, vuelve a sacar su cabeza. El extraño quelonio se pasea, así, lenta y secular, por los predios de la metafísica.

El error de Zenón, decía Aristóteles, consiste en confundir la divisibilidad en potencia y la divisibilidad en acto respecto de la extensión. Una cosa es que la extensión sea susceptible de ser dividida, matemáticamente, hasta el infinito; y otra, muy distinta, que cada extensión concreta —recorrido de la tortuga, de la flecha o del carro— esté, real y efectivamente, dividida en una serie infinita de puntos separados. Agrega Aristóteles: "Asume falsedad el argumento de Zenón, de que no pueden recorrerse infinitos puntos o tocar uno a uno puntos infinitos en tiempo finito. Porque en doble sentido se dice infinita la longitud y el tiempo y, en general, todo continuo: o por división o por extensión. Las cosas infinitas en cantidad no pueden ser tocadas en tiempo finito, pero pueden serlo las infinitas por división,

porque también el tiempo es infinito en este sentido". La dificultad no queda, sin embargo, completamente vencida, y en el libro VIII de la Física, el Estagirita añade: "las mitades son infinitas, y es imposible superar el infinito... Quien hubiese recorrido toda la distancia (numerando sucesivamente todas las partes) debería haber numerado un número infinito; y esto, por consenso común, es imposible". La dificultad esencial, es, pues —comenta Rodolfo Mondolfo—, "el absurdo de suponer el infinito contenido dentro de lo finito".

La refutación de Aristóteles no ha convencido totalmente a los filósofos y las aporías de Zenón han quedado —según se ha dicho— como la torre de Pisa, inclinándose pero sin caer.

El error de Zenón de Elea —dice Henri Bergson veinticuatro siglos después de Aristóteles— consiste en aplicar al tiempo la divisibilidad matemática de la extensión. La razón percibe los sólidos, la extensión, descubre y fija las leyes que gobiernan los cuerpos; la inteligencia mide sólidos. Pero sólo la intuición nos permite asir la última realidad existencial, el "élan vital" que impulsa a todos los seres en la corriente, viva e irreversible, del tiempo. El tejido mismo de la realidad es la duración, es el tiempo, un pasar, un cambiante fluir. Este devenir, esta corriente siempre móvil no es divisible como la extensión ni a ella son aplicables las leyes matemáticas del espacio, pues no es una serie de instantes, separados, similar a una serie de puntos separados.

De este modo, la minúscula concha de la tortuga sostiene la secular disputa filosófica. Zenón, Aristóteles y Bergson representan los tres instantes más altos de este filosofar en torno del queionio, y en torno de la misteriosa e inasible realidad que el hombre habita.

También los matemáticos se han agitado en torno de Zenón y de la tortuga; y con tanta pasión como los filósofos. Desde el siglo XVII se pensó que la única refutación válida a las aporías del griego debía provenir del campo matemático. Se inició así una nueva refutación de Zenón haciendo notar que, matemáticamente, la extensión recorrida por Aquiles, o por la tortuga, va decreciendo en forma progresiva; si el primer trecho es un medio, y el segundo un cuarto y el tercero un octavo, la suma de todas estas fracciones jamás llega a la unidad. De modo que la falla de la aporía puede consistir en que, si Aquiles debe lógicamente alcanzar a la tortuga al recorrer una extensión igual a una unidad,

tal extensión no alcanza a ser recorrida por el héroe griego dentro del planteamiento del filósofo eleata: éste detiene a Aquiles antes de que recorra el trecho necesario para dar alcance al quelonio. Y algo más: el tiempo queda suspendido, detenido para que Aquiles no recorra la extensión requerida. Esta observación, complementada con la formulación del cálculo integral, hecha por primera vez por Leibniz en 1676, ha llevado a la refutación matemática de las célebres aporías. Pero el problema que ellas suscitan rebasa, sin duda, por su contenido metafísico, la solución de los matemáticos.

La tortuga es, de todos modos, un símbolo perfecto para tratar de demostrar la inexistencia del movimiento, ella que, en tierra, casi paralizada, parece predicar la inmovilidad. Casi quieta, enseña la inactividad. La tortuga es un escéptico de la acción. Su quietismo recuerda el de los místicos orientales. Su introversión, la de los grandes filósofos. Como Homero ciego, la tortuga medita, inmóvil. Su inacción es la de los grandes poetas. El que piensa, el que siente, se paraliza, perplejo. Absorto. Nada más terrible que elegir para quien sabe el secreto valor de las cosas. La angustia existencialista proviene, precisamente, de esa posibilidad siempre abierta de elección. Sólo el simple de espíritu puede estar dispuesto siempre a la acción. Sólo los políticos y las ardías creen que la acción se justifica, o que ella es siempre fecunda. La tortuga, en cambio, simboliza muy bien al pensador inactivo —como el de Rodin. Una meditación, una reflexión sin movimiento. La inteligencia y la sensibilidad en el devenir puro de sí mismas...

Pero hay además otra sorprendente vinculación de la tortuga con la historia de la filosofía. Arturo Schopenhauer desarrolla ampliamente su tesis de que la vida es, en sí misma, un mal. Con clara influencia hindú, Schopenhauer expone varios argumentos de sombría penetración. "La vida es un mal —dice el filósofo pesimista— porque es combate. En la naturaleza vemos la lucha por todas partes, la rivalidad, los conflictos, la alternativa suicida de victoria y derrota". Cita el caso de la joven hidra que cree como una rama de la vieja y que, estando todavía unida a ésta, le disputa la presa vital. Refiere el caso de la "hormiga bulldog de Australia" que, apenas cortada en dos, "comienza una feroz batalla entre cabeza y cola". Y agrega Schopenhauer: "Yunghann relata que vió en Java una llanura que se hallaba, a pérdida de vista, completamente cubierta de esqueletos, y la tomó por un campo de batalla. Pues bien, eran esqueletos de grandes tortugas que tomaban aquel camino, al salir del mar para depositar sus huevos, y eran entonces asaltadas por perros salvajes que, uniendo sus fuerzas en

tropel, las derribaban patas arriba, les arrancaban el pequeño escudo del estómago y se las comían aún vivas. Pero a menudo un tigre, a su vez, se arrojaba sobre los perros salvajes... De este modo, la voluntad de vivir hace presa de sí misma y, de maneras diferentes, se sirve de propio alimento. En la misma raza humana se revela con la más terrible evidencia la misma lucha, esta discordia de la voluntad consigo misma; y así nos encontramos finalmente con que el hombre es un lobo para el hombre."

De este modo, la inocente tortuga, que antiguamente sirvió a Zenón de Elea para probar la inexistencia del movimiento, también sirvió a Schopenhauer, en época reciente, para revelar la hecatombe y lucha continua que es la vida en sí misma. Partiendo de los mismos hechos, los filósofos formulan todas las hipótesis, desde la negación del movimiento hasta el movimiento perpetuo.

La tortuga, tan proverbialmente lenta en tierra, es veloz en el agua. Pudiera decirse que es poética en el mar y filosófica en la tierra. La tortuga: filosofía y poesía. Es, muchas veces, un animal anfibio. Lo anfibio es lo bivalente. Es lo plural. La tortuga es una paradoja. Ya carnívora, ya hervívora, ya terrestre o acuática, o las dos cosas a la vez, diurna y nocturna, reptil y con cuatro patas, prima hermana del cocodrilo, con algo de ave rapaz por su pico córneo, pequeño monstruo prehistórico asomado a nuestra edad atómica, es un símbolo de lo increíble y fantástico. Un error de la naturaleza. Un ser que sólo debería existir en nuestra imaginación, o en la fábula, como el dragón, la sirena o el unicornio de las antiguas leyendas. Es una especie de extraño centauro, una esencial unión de contrarios. Como el hombre. Una paradoja viva, como el hombre, según Novalis.

Pero este animal anfibio no es sólo símbolo de lo paradójico, sino también del conocimiento múltiple. Lo anfibio se opone a la especialización. Es una pluralidad de antenas sobre la realidad. Es la filosofía estrechamente unida a la poesía —tierra y mar— como en Esquilo o Dante, Shakespeare y Goethe. Es el conjunto de las ciencias, unidas. El humanismo sólo puede ser anfibio. Lejos de la especialización, el humanista es quien sintetiza armónicamente en su espíritu todos los conocimientos esenciales de su época y, con base en ellos, se forma un cosmos mental.

Hay una cierta espiritualidad de la pesadez. Hay más espíritu en un buen filósofo que en un mal poeta. El lirismo y la filosofía sólo cobran sentido cuando se aproximan a la

tierra, como los reptiles. Los grandes poetas han reptado siempre. Hay una misteriosa hondura en todo cuanto se aproxima al limo. Arrastrarse sobre la tierra —como la tortuga, la serpiente o el hombre— es casi confundirse con ella. Es darse cuenta de que cada ser es un "puñado de polvo" animado. Es recibir los jugos íntimos de la tierra, en los que circula la divina fuerza que mueve el universo.

LA TORTUGA EN LA LITERATURA

En ocasiones, la tortuga, como Nietzsche y Sartre, ha salido del campo de la filosofía para entrar al predio de la literatura. Entonces, ha abandonado las obras de Zenón, de Aristóteles, de Schopenhauer y Bergson para aparecer en las fábulas de Esopo o para resucitar —metempsicosis literaria— en las de Babrio, Fedro o La Fontaine.

En los fabulistas, la tortuga ha simbolizado unas veces la pereza y, otras, la sabiduría reposada. En este segundo caso, ha sido imagen del filósofo. Lo que no resulta en oposición con el primer símbolo —el de la pereza—, sobre todo si se piensa que, como decían los griegos, la metafísica nació del ocio. Del ocio y del asombro, decía Platón.

En Esopo aparece la tortuga que, siendo muy perezosa y amiga de no moverse de su casa, se negó a asistir a las bodas de Zeus. Unos días después, el padre de los dioses —con el cual empieza a formarse el monoteísmo griego dentro del cuadro formal y poético del politeísmo— pregunta a la tortuga la causa de su inaudita falta, y la tortuga responde que prefirió quedarse en casa propia que asistir a un banquete en casa ajena. En castigo por su falta y su insolencia, Zeus la condena a llevar su casa a cuestas durante toda su vida. Y así la vemos —la ve el hombre, que es uno solo— desde hace treinta siglos, al menos.

La más conocida fábula de Esopo y, después, de La Fontaine, es la que relata la carrera de la liebre y la tortuga. La liebre, teniendo en cuenta la condición de su adversario que la reta, se distrae largo tiempo, retoza, se demora en partir. Cuando, al fin, parte, como una flecha, ya la tortuga ha llegado a la meta, a pesar —dice La Fontaine— de su paso de senador. ¿Cómo habría sido —pregunta la tortuga— si además la liebre llevara su propia casa encima? La moraleja, con la cual empieza la fábula francesa, es que de nada sirve correr sino partir a tiempo. En la fábula griega se da a entender que más valen la constancia y el esfuerzo que una habilidad innata mal dirigida. La inspiración —ya se ha dicho— consiste en empezar a trabajar temprano.

Algún cuentista inglés recoge la vieja fábula de la carrera entre la liebre y la tortuga y añade que, cuando empezó un devastador incendio en el bosque, los animales se congregaron, en multitudinario concilio, para escoger al emisario que debía llevar la noticia a las comarcas vecinas, y eligieron naturalmente a la tortuga, vencedora de la liebre; sobra decir que el incendio tuvo tiempo de propagarse y destruir, conjuntamente, al bosque y a los animales de los alrededores.

Bien conocida es también la fábula —antigua y moderna— en que la tortuga que tiene una hermana gemela reta a la liebre a una carrera de velocidad. Cuando la liebre llega a un extremo del campo, aparece una tortuga que reclama el triunfo; y al volar la liebre hasta el otro extremo, encuentra sorprendida que la tortuga ya ha llegado. Finalmente, la liebre cae, agotada, vencida por la estrategia de tortugas gemelas.

En algunas fábulas, la tortuga se rebaja hasta el punto de hablar con los otros animales en su mismo idioma, tal como ocurre —también excepcionalmente— con los grandes filósofos. Así ocurre, por ejemplo, en la fábula de La Fontaine, de la tortuga y los dos patos. La tortuga quiso viajar. Y viajar lejos. Sus propios medios no eran los más adecuados. Cada pato toma el extremo de una vara, a la cual se aferra la tortuga con su pico. Y así va volando. Los animales que la ven volar suponen que es la reina de las tortugas; la viajera quiere confirmar esta idea y, al hacerlo, su pico suelta la vara y perece al pie de quienes la admiraban. La causa de su perdición fue su indiscreción, el mucho hablar o el hablar a destiempo. Así ocurrió a la tortuga, así al cuervo cuando quiso cantar, así con frecuencia a los filósofos y así, siempre, a los oradores.

La Fontaine trae, finalmente, una fábula en que la tortuga aparece al lado del cuervo, la gacela y el ratón. Todos ellos perseguidos implacablemente por el hombre, se ayudan recíprocamente. ¿A cuál dar el premio por el éxito obtenido frente al hombre? Al corazón, al coraje, “si creen mi relato”, responde el fabulista.

Es curioso observar que la tortuga no aparece, al menos como personaje principal, en ninguna de las fábulas de Iriarte y Samaniego, a pesar de que el reptil abunda en las costas y ríos de España; una de las especies terrestres más conocidas se denomina “testudo iberia”. En los fabulistas colombianos (Pombo, Marroquín, etc.), tampoco aparece nuestro animal.

Por lo demás, la literatura trae algunas hermosas descripciones de la tortuga, desde aquella —pintada y con incrustaciones preciosas— que detalla Huysmann en **A Rebours** y

esa otra que describe plásticamente Leconte de Lisle en sus poemas orientales, hasta la otra, más moderna, que se pasea por las primeras páginas de **Viñas de ira** de Steinbeck, o la que surge reiteradamente, como hilo conductor de toda la obra, en **En el verano siempre**, de T. Williams. También aparece la tortuga en un poema romántico de Byron y en uno modernista, sobre temas chinos, de Rubén Darío.

Surge también la tortuga a orillas del Mediterráneo, como sus hermanas verdaderas, en el **Cementerio Marino**, de Paul Valéry, cuando el poeta evoca en sus magníficas estrofas la aventura espiritual —tan próxima a él mismo— de los eleatas griegos:

“Zenón! Cruel Zénon; Zénon d'Elée!
M'as tu percé de cette flèche ailée
qui vibre, vole, et qui ne vole pas!
Le son m'enfante et la flèche me tue!
Ah! le soleil... quelle ombre de tortue
pour l'âme, Achille immobile à grands pas!”

Estrofa que podría traducirse, aproximadamente, así:

Zenón! Zenón! Oh cruel Zenón de Elea!
Tú me has herido con tu flecha alada
que vibra, vuela y al volar no avanza!
Me mata el dardo y su rumor me crea.
Sol, para el alma sombra de tortuga!
Alma, Aquiles inmóvil en su fuga!

Es, en síntesis, todo el problema filosófico a que antes aludimos. Devenir e inmutabilidad, fluir y unidad, tiempo y espacio, razón y sentidos. La poesía puede así, en breves, densas palabras, revelar todo un mundo de la cultura o de la emoción.

Esquilo amaba a los dioses. Y creía en ellos. En su época —principios del siglo V a. C.—, el racionalismo no había corrompido aún el mito. La piedra sagrada de la mitología estaba todavía intacta. Los oráculos eran para el poeta, como para la mayoría de los griegos (esa demente manía del hombre de esperar una revelación, un signo, la voz de una divinidad que aclare el porvenir!) auténticas advertencias divinas. Nacido en Eleusis —cuna de la religión de los misterios— el dramaturgo estaba ya predestinado para los grandes mitos y ritos religiosos. Los misterios y acaso el pitagorismo nutrieron su infancia. Y tal vez amargaron su vejez cuando le acusaron de haber revelado la verdad

esotérica a los no iniciados. Su obra recogió toda la herencia de la antigua teología mítica y también el ocultismo que, como una llama subterránea, venía pasando por todas las claras islas del Mediterráneo y del Egeo. Esquilo tenía, pues, una sensibilidad profundamente religiosa. Para él, la divinidad se inclinaba sobre el destino de los hombres y determinaba cada acción humana. Sus tragedias están más pobladas de dioses que de hombres. El misterio mismo que nutre sus dramas es un fruto de su espíritu religioso. Un hombre en contacto con lo desconocido. Un gran poeta frente al gran misterio... Pero el destino pesa muy duramente sobre los dioses, los poetas y los hombres. Un día, Esquilo consulta el oráculo. Y los dioses le anuncian que morirá aplastado en un accidente. Cada uno quiere fugarse de su propio destino, y el poeta decide abandonar la ciudad —Atenas—, donde cree que su vida peligraba, y retirarse al campo, donde las divinas fuerzas de la naturaleza organizan, en secreto, el nacimiento, la muerte y la resurrección de Dionysos. El poeta recorre las tierras rocosas de los campos sicilianos. En su espíritu está germinando una nueva trilogía. Su ensimismamiento creador no le permite darse cuenta del extraño peligro. Un águila vuela en el cielo puro, formando círculos perfectos. Sus garras formidables sostienen una gigantesca tortuga, que se debate todavía agonizante. Repentinamente, el águila suelta la tortuga, que va a estrellarse, verticalmente, sobre la cabeza del poeta, causándole la muerte instantánea. El águila pensó —dice la leyenda— que la calva del dramaturgo era una piedra contra la cual podía romper el duro caparazón de su presa. Observa Paul de Saint-Victor que el águila no estaba completamente equivocada al considerar como una piedra milenaria esta cabeza rocosa y genial —rocosa y genial como cada isla griega— que encerraba obstinadamente las viejas tradiciones y los viejos mitos de la Grecia heroica. Puede pensarse también que Zeus había enviado a su ave para vengarse del poeta por las blasfemias que cruzan, como relámpagos, el cielo tormentoso del **Prometeo encadenado**. Toda revuelta se paga, así, con la vida. Esquilo sabía que la rebelión de Prometeo había sido implacablemente castigada por el dios supremo, pero ignoraba que toda liberación conduce a una muerte. Si Esquilo hubiera visto su propia muerte, habría encontrado en ella un ejemplo más para demostrar que el hombre no puede escapar a su destino; que los dioses nos tienen en sus oscuras manos y el secreto destino teje nuestras más libres acciones. Esquilo muere como mueren los héroes de sus tragedias. Aunque busquemos un campo sereno para huir de nuestro destino, no podremos escaparle jamás. Cuando un hombre cree fugarse, va en busca del fantasma que le hace huir. El destino es un oráculo inscrito

en el corazón de cada uno. Todo hombre halla, como Esquilo, un águila fatal sobre su destino inexorable. Pero la tortuga, ya lo hemos dicho, es, ante todo, un símbolo de la filosofía. Tal vez por eso el águila de Zeus escogió a la tortuga para estrellarla contra la cabeza del más grande poeta de todas las épocas. ¿Un símbolo? ¿Una advertencia? ¿Un nuevo oráculo que el hombre debe descifrar? ¿El águila quiso enseñar que la poesía debe temer siempre a la filosofía? ¿La razón aplasta siempre la cabeza intuitiva del genio poético? ¿La divinidad teme la verdad de los poetas? El águila, la tortuga y Esquilo: el dios, la filosofía y el arte. Extraña trilogía y extraño simbolismo...

EL PRINCIPAL SOCIAL DE LA VAGANCIA ANTE LA HISTORIA

Miguel Aguilera